

EL PROCESO DE RADICALIZACIÓN VIOLENTA
HACIA LA LUCHA ARMADA EN ITALIA
DE LA EXTREMA IZQUIERDA
A LA MILITANCIA TERRORISTA

THE PROCESS OF VIOLENT RADICALIZATION TOWARDS
THE ARMED STRUGGLE IN ITALY
FROM THE FAR LEFT TO TERRORIST MILITANCY

Matteo Re^a

Fechas de recepción y aceptación: 6 de febrero de 2018, 24 de mayo de 2018

Resumen: En este artículo se analiza el proceso que llevó a algunos jóvenes italianos, aparentemente alejados de todo vínculo con el terrorismo, a militar en organizaciones armadas entre los años setenta y ochenta, es decir en la época que se llamó “años de plomo”. Se hace especial hincapié en las dinámicas que favorecieron esa radicalización, centrándose exclusivamente en las organizaciones de extrema izquierda.

Tras un análisis de los elementos de la radicalización terrorista a nivel macro, meso y micro, el estudio se focaliza en el caso italiano identificando pautas y patrones recurrentes en el proceso de radicalización hacia el terrorismo.

Palabras clave: radicalización, terrorismo, izquierda extraparlamentaria, Italia, lucha armada.

^a Profesor de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

Correspondencia: Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Calle Tulipán, s/n. 28933 (Móstoles), Madrid. España.

E-mail: matteo.re@urjc.es

* Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación I+D del Ministerio de Economía y Competitividad: ref. HAR2015-56048-P.



Abstract: This article analyzes the radicalization of some young Italian people who appeared to be far removed from terrorism, but who ended up joining a terrorist organization. The time when this occurred spans the Seventies and part of the Eighties, in the period known as “the years of lead”. Special emphasis is given to the dynamics that boosted the radicalization of people pertaining to the extreme left wing.

The study begins with a general analysis of the macro, meso and micro levels in order to later focus specifically on Italy, with a view to identifying some recurring patterns of radicalization toward terrorism.

Keywords: Radicalization, Terrorism, Left-wing extra-parliamentary groups, Italy, Armed Struggle.

§0. INTRODUCCIÓN

Estudiar el desarrollo de una organización terrorista pasa por varias etapas. Una de las más importantes se centra en cómo una persona, aparentemente equilibrada, sin trastornos mentales ni serios problemas económicos, proveniente de una familia estructurada y que ha vivido una vida similar a la de la mayoría de las personas que lo rodean ha llegado a incorporarse a la lucha armada. Ese salto hacia la violencia conlleva la puesta en marcha de una serie de acciones lesivas para los demás, hasta el punto de concebir el asesinato como medio legítimo para lograr objetivos políticos.

En este artículo, lejos de intentar proporcionar explicaciones psicológicas a ese tipo de actitud, nos centraremos en aquellos mecanismos de radicalización hacia la lucha armada que respetan una reiteración de las dinámicas disposicionales, un patrón que, sin embargo, no hay que tomar como un intento de trazar un perfil del terrorista, sino como el intento de proporcionar una serie de pautas que se suelen repetir en el momento de radicalizarse hacia la lucha armada. Más concretamente, nos centraremos en el caso de la radicalización de la extrema izquierda italiana durante los denominados “años de plomo”, aquel periodo que va aproximadamente desde 1969 hasta principios de los ochenta, caracterizado por la proliferación de organizaciones clandestinas armadas.

Aun sabiendo que durante ese mismo periodo, en Italia, también actuaron grupos terroristas neofascistas, preferimos no incluirlos en este estudio debido a que la radicalización de sus militantes pasó, en algunos casos, por una



turbia connivencia con una parte de los aparatos estatales, lo cual proporcionaría un aspecto exógeno desviante difícilmente detectable en la mayoría de las demás praxis de radicalización violenta.

§1. ELEMENTOS IDENTITARIOS DE LA RADICALIZACIÓN TERRORISTA

En los estudios sobre terrorismo, los investigadores nos encontramos con múltiples dificultades que van desde el enfoque científico a la búsqueda de fuentes primarias, pasando por la interpretación de fuentes orales fiables. A todo esto, hay que sumar un problema, aparentemente anodino, que, sin embargo, se convierte en un gran escollo: definir qué entendemos por terrorismo. Alex Schmid y Albert Jongman (1988, pp. 1-28), en un meticuloso trabajo de investigación de hace unos años, entrevistaron a un centenar de expertos sobre este tema. Los académicos tenían que contestar una pregunta aparentemente sencilla: “¿qué se entiende por terrorismo?”. Las definiciones proporcionadas superaron el número de encuestados.

El concepto de radicalización no esconde menos dificultades que el de terrorismo. Es, una vez más, Schmid (2013, p. 5) quien nos avisa sobre ello, afirmando que no hay definición universalmente aceptada, ya no solo entre los académicos, sino también entre los gobiernos. Se trata de un *concept-bound* vinculado con las condiciones sociales y políticas, así como ideológicas y cognitivas, en las que se lleva a cabo. En 2006, la Comisión Europea formó un Grupo de Expertos sobre la Radicalización Violenta, del que el mismo Alex Schmid era miembro. En la conceptualización inicial se decía que la “radicalización violenta incluye opiniones, puntos de vistas e ideas que pueden llevar a acciones terroristas” (European Commission’s Expert Group, 2008, p. 5). Donatella Della Porta y Gary LaFree (2012, p. 6), por su parte, señalan hasta siete definiciones diferentes del término *radicalización*. Para llevar a cabo este trabajo nos interesa especialmente la primera de ellas: “en los años setenta el término radicalización surgió para definir las dinámicas interactivas (movimientos sociales/Estado) y progresivas (aumento gradual) en la formación de grupos violentos, a menudo clandestinos”.

Pues bien, para entender las motivaciones que llevaron a determinadas personas a emprender el camino hacia la lucha armada nos detendremos en



los tres niveles de análisis social: el nivel micro (historia del individuo), el nivel meso (evolución del entorno en el que crece y se mueve el individuo o el grupo en el que milita) y el nivel macro (el contexto más amplio en el que se desarrollan la evolución individual y grupal). Solo después dedicaremos nuestra labor a detectar unas posibles pautas comunes en la radicalización de los militantes de la extrema izquierda italiana.

1.1. *Nivel macro*

El subdesarrollo económico se ha vinculado a menudo con la violencia política. Hasta podría parecer lógico que, frente a carencias económicas, se pudiera asistir a una mayor presencia de terrorismo. Sin embargo, tras analizar determinados países sumamente pobres, acabaremos constatando que, en su mayoría, carecen de organizaciones terroristas internas. El ejemplo más recurrente nos lo proporcionan los Estados africanos, entre los cuales se encuentran algunos de los países más necesitados del mundo y donde, sin embargo, la existencia de organizaciones terroristas es limitada. Hay muchos Estados fallidos que conviven con esa lacra sin por ello estar entre las naciones económicamente más pobres de esa zona.

Analizando, por ejemplo, el caso de Boko Haram descubrimos que Nigeria es hoy la primera economía del continente (incluso por encima de Sudáfrica) (Nuñez Villaverde, 2015, p. 19). Además, dentro del territorio Nigeriano, esta organización violenta surgió en la zona norte, una de las más pobres ya no solo de Nigeria sino de toda África. Sin embargo, un análisis más profundo nos lleva a entender esa proliferación debido a justificaciones de carácter religioso, que no económico (o por lo menos no solo económico). Dicho esto, no se puede descartar que haya una mayor facilidad de captación por parte de grupos terroristas en zonas más desfavorecidas y rurales, tal y como pasa, por ejemplo, con Hamás y Hezbolá. Se trataría más bien de una captación a cambio de beneficios económicos básicos o de una captación forzosa entre personas desesperadas y desamparadas por las leyes.

Según el último *Global Terrorism Index* (2017, p. 36) –informe realizado por el Institute for Economics and Peace– hay cinco países en todo el mundo



que acumulan hasta el 75 % del total de las víctimas mortales por ataques terroristas: Afganistán, Nigeria, Siria, Iraq y Yemen. Se trata de países sumidos en problemas internos a los que se les añade (en algunos de ellos) una elevada inestabilidad económica. Sin embargo, en ese listado no se incluyen otras naciones del mundo sumamente pobres en las que, de hecho, el terrorismo nunca ha aparecido. Si acaso hubo en ellas guerras civiles o disturbios violentos, pero no terrorismo.

La coyuntura económica, en el momento de desarrollo de determinadas organizaciones armadas, puede que haya sido un factor desencadenante más, pero no el único ni el fundamental. Los Tupamaros, por ejemplo, nacieron en un periodo en el cual Uruguay dejaba de ser la Suiza de Sudamérica, pero seguía siendo una de las economías más sólidas de su zona. Por su parte, las Brigadas Rojas, en Italia, aumentaron su actividad armada en los años posteriores a la crisis económica de 1973, a la que hay que sumar una profunda crisis política y social. Además, sabemos que ha habido organizaciones terroristas en economías avanzadas como Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y, dentro de un mismo Estado, en las regiones más prósperas, como es el caso del País Vasco o del norte de Italia.

A escala social, dependiendo de qué organización estemos analizando, la base suele estar conformada por personas provenientes de clases medias-bajas, mientras que, entre los mandos, aumenta la presencia de personas de clase media-alta, y con un nivel educativo superior. Sin embargo, a mayor nivel cultural, no siempre se corresponde una mayor difusión y duración de una organización terrorista. Tal y como afirma Reinares (2004, p. 287):

las capas medias de la sociedad, dotadas además de un elevado nivel educativo, constituyen el segmento del cual procede la mayor parte de los activistas pertenecientes a relevantes organizaciones terroristas insurgentes y proactivas que, en comparación con otras más exitosas, alcanzaron menores cotas de movilización.

Por lo tanto, sigue Reinares, “el porcentaje extraído de clase baja o las clases trabajadoras, con un nivel educativo generalmente inferior, predomina en aquellas organizaciones terroristas que han mantenido su actividad en un periodo de tiempo más prolongado”.



Otro tema controvertido a nivel macro-social es la influencia del autoritarismo estatal y de la represión en la propagación de organizaciones terroristas. A diferencia de lo que se podría pensar, los Estados más totalitarios no son los que más peligro tienen de padecer la presencia de organizaciones terroristas internas (Atran, 2008, p. 4). Tal y como explica De la Corte (2006, p. 95), “el terrorismo es un fenómeno infrecuente en sistemas autoritarios o totalitarios”. Es más probable su presencia en Estados autoritarios débiles o en democracias (especialmente si se trata de democracias frágiles). Eso explicaría por qué, en numerosos países europeos, hubo organizaciones terroristas, mientras que no tenemos constancia de su existencia en países como Corea del Norte o Arabia Saudí. Asimismo, podemos comprender cómo en Inglaterra los ataques del IRA aumentaron después de 1972, cuando el país anglosajón abandonó su política caracterizada por las múltiples violaciones de los procedimientos democráticos que llevaron las relaciones de fuerza entre la comunidad católica y la protestante hacia un nivel asimétrico (Bosi, 2016, p. 20). En España, ETA incrementó la frecuencia de sus atentados cuando el régimen de Franco ya había caído y, en pleno proceso de transición a la democracia, el Estado español resultaba más vulnerable a posibles ataques desestabilizadores.

1.2. Nivel meso

A nivel meso hay que destacar las dinámicas grupales y su importancia en los procesos de radicalización. A la pregunta realizada a Scott Atran sobre “¿qué diferencia hay entre los que se inmolan, los que matan y los que no lo hacen?”, el experto analista de terrorismo contesta:

resulta que la clave es si pertenecen al mismo equipo de fútbol, si se crearon juntos. Las modas son muy importantes para consolidar relaciones en el último minuto (...) Lo importante es la dinámica de los grupos pequeños. Eso es lo que impulsa a la gente a hacer algo así. También es lo que hace que uno arriesgue su vida por los demás en el ejército¹.

¹ Entrevista realizada por parte de Punset a Scott Atran el 10 de junio de 2007 en Televisión Española.



A las consideraciones de Atran hay que añadir que, cuando una persona pasa a formar parte de un grupo, disminuye su nivel de inhibición, se siente menos vinculado a ataduras morales si las acciones que lleva a cabo son compartidas con sus compañeros, goza de más libertad de actuación y llega a experimentar hasta un determinado grado de *desindividuación* (Alonso Zarza, 2017, p. 42).

Cuando una persona forma parte de un grupo puede llegar a cometer acciones que en solitario no haría. Interviene un determinado grado de difusión de responsabilidades, lo que hace que el individuo, al sentirse parte de un grupo, no cargue en solitario con las losas morales de su actitud como persona individual, sino que reparta ese peso con los demás.

Además, las actitudes violentas, si se desarrollan en un ambiente grupal, suelen retroalimentarse. Lanzar una piedra contra la policía en una manifestación multitudinaria puede ser una actitud compartida y moralmente aceptada por varios de los manifestantes solo por el mero hecho de ser parte de una acción conjunta. Al factor de desinhibición se suma el factor de aceptación: si quiero que los demás me acepten, tendré que sumarme a lo que está haciendo la mayoría y, en algunos casos, mostrarles a mis compañeros mi valor y mi compromiso con la causa.

Es importante también que una organización terrorista reciba un apoyo por parte de grupos más extensos, religiosos, políticos, nacionalistas, etc., para que pueda subsistir, ya que “ninguna organización terrorista podría sobrevivir si no contara con el apoyo externo de uno o varios agentes o sectores sociales” (De la Corte, 2006, p. 205). Ha habido casos de organizaciones armadas con escaso apoyo social cuyo recorrido ha sido fugaz. Por eso, la mayoría de las organizaciones clandestinas se ven obligadas a fomentar una constante labor de persuasión social para difundir una imagen moralmente justa de las acciones perpetradas. Esa tarea está dirigida hacia la comunidad que presumiblemente podría apoyar la organización (comunidad nacionalista, radicalismo religioso yihadista...) y al mismo tiempo tiene un cometido de captación de personas que pueden convertirse en nuevos militantes.



1.3. Nivel micro

Si las dinámicas grupales son importantes para la radicalización de una persona hacia el terrorismo, no tenemos que perder de vista las implicaciones individuales. De hecho, hay controversias, por lo menos a nivel de estudios psicosociales, sobre cuál de los dos factores tiene más influencia sobre el individuo en el momento de radicalizarse: sus pensamientos y actitudes individuales o el ascendiente que un individuo recibe por parte de un grupo (Tylor, 2010, pp. 121-122; Post, 2005).

Por lo tanto, a nivel micro, hace falta analizar al individuo, su historia personal, su personalidad y su libre albedrío. El estudio de la personalidad terrorista ha pasado por varias etapas. Hace unas pocas décadas se hacía hincapié en la presencia de algunas enfermedades mentales como posibles favorecedoras de la radicalización violenta de un determinado individuo frente a otro clínicamente sano (Billing, 1984; Cooper, 1978; Livingstone, 1982). Hoy, la casi totalidad de los estudiosos descartan que un terrorista sea una persona con desórdenes mentales graves o padezca brotes narcisistas (Horgan, 2009, p. 98; Crenshaw, 2000; Bordes, 2000; Reinares, 2004, p. 283).

Dicho esto, no podemos descartar que algunos terroristas presenten determinadas patologías, sin embargo, es de excluir que haya una directa correlación entre ellas y las actitudes violentas de tipo terrorista. Una publicación reciente ha mostrado que hay más casos de personas con trastornos mentales entre los denominados *lone-mass offenders* (quien mata a cuatro o más personas en un tiempo de 24 horas sin ninguna motivación ideológica) que entre los *lone-actor terrorists* (comúnmente denominamos “lobos solitarios”). Estos últimos, a su vez, suelen padecer problemas mentales en un porcentaje algo más elevado que la media poblacional. Entre los *lone-actor terrorists* (personas que llevan a cabo acciones terroristas en solitario perpetradas en el marco de una organización terrorista) el porcentaje de trastornos mentales es inferior a la media, mientras que, por debajo de estos, encontramos a los integrantes de grupos terroristas cuyos rasgos patológicos son muy reducidos si se comparan con el resto de la población que les rodea (Corner et al., 2016, p. 562).



La voluntad individual de cada uno en el momento de llevar a cabo determinadas acciones violentas y el hecho de que solo unos pocos –aun viviendo en el mismo entorno y sufriendo las mismas presiones ideológicas o los mismos agravios– acaben eligiendo la vía de la lucha armada nos parece fundamental para explicar la radicalización. La inmensa mayoría de las personas no se radicaliza y se convierte en terrorista (Crenshaw, 1981, p. 380). Son muy pocos los que eligen esa vía. En la literatura sobre violencia política, con especial interés en las prácticas terroristas, los análisis sobre las predisposiciones individuales han ido cobrando cada vez más peso (Fernández Soldevilla, 2015; Roy, 2016), desplazando poco a poco las convicciones de que el entorno (social o grupal) sea el mayor responsable de la radicalización de una persona.

Descartada la presencia de enfermedades mentales como justificación para que una persona se adhiera a una organización terrorista, y tras haber hecho hincapié en la voluntad individual de cada uno, nos queda por preguntarnos si es correcto pretender trazar el perfil de un terrorista o si es una actividad baladí. Rogelio Alonso (2009, p. 262) sugiere una imagen poliédrica del terrorista: “las motivaciones de los terroristas se ven afectadas por factores estratégicos, organizativos y psicológicos, combinándose por tanto en sus actuaciones diversas variables que revelan la influencia de aspectos racionales y emocionales en momentos determinados”.

A grandes rasgos podríamos considerar como características comunes el hecho de que los terroristas son “varones, solteros, veinteañeros, en el momento de ser reclutados” (Reinares, 2004, p. 283). Aun así, llegar a concretar un prototipo de terrorista es muy complicado, casi imposible (Bosi y Della Porta, 2012, p. 328), ya que no existe “un único factor causal o un único contexto social que permita identificar individuos que puedan elegir el camino hacia la lucha armada” (Bosi, 2016, p. 10). Por lo tanto, sería más correcto hablar de perfiles, ya que el abanico que tenemos que manejar es amplio y algunos matices pueden resultar importantes en el momento de diferenciar el recorrido de un terrorista del de otro.

Lo más sensato es llevar a cabo un análisis que entrelace los tres niveles hasta ahora analizados: el macro, el meso y el micro, incluyendo las historias de vidas que nos proporcionan los propios terroristas, sea a través de entre-



vistas o por medio de memorias redactadas por ellos. En el caso italiano, especialmente entre los militantes de organizaciones clandestinas de extrema izquierda, hay una abundante presencia de dichas fuentes bibliográficas.

§2. DE LA PRAXIS POLÍTICA A LA LUCHA ARMADA

En Italia a menudo para referirnos a los años setenta se utiliza la expresión “los años de plomo” para certificar que en ese periodo el nivel de violencia que se vivió fue muy elevado. Unas organizaciones revolucionarias comenzaron a actuar en la península a principios de esa década. Su breve vida se debió a la pronta reacción policial y a su escasa organización militar. En 1970 nacieron las Brigadas Rojas (BR), cuya actividad violenta se prolongó hasta 1988, año en el que, ya divididas en diferentes grupúsculos y mermadas por las detenciones de muchos de sus militantes, cometieron su último asesinato. Al margen de las BR, a lo largo de los setenta actuaron, en Italia, unos 48 grupos armados de extrema izquierda (Progetto Memoria, 2007:, pp. 5-6). Veinticuatro de ellos mataron por lo menos una vez (Zavoli, 1992, pp. 476-477).

En el bando opuesto, los neofascistas colocaron bombas en lugares públicos, llevando a cabo matanzas indiscriminadas. Uno de los momentos más trágicos y que, a menudo, se suele citar como el arranque de “los años de plomo”, fue el atentado que un grupo de extrema derecha cometió en el interior del Banco Nacional de Agricultura de Milán. El 12 de diciembre de 1969, un artefacto explotó en el *hall* de la sucursal bancaria y causó 17 fallecidos y decenas de heridos. La investigación inicial –centrada en el entorno anarquista milanés– cedió el paso a una labor policial que desenmascaró un peligroso connubio entre la derecha neofascista y algunos sectores estatales (servicios secretos y fuerzas de seguridad del estado). Ese atentado fue percibido por parte de algunos expertos como una señal de que el país estaba deslizándose hacia una posible etapa reaccionaria.

Italia venía de un bienio complicado, caracterizado por un constante aumento de la tensión social. Ya a finales de 1967, los estudiantes habían comenzado a dirigir su descontento hacia las autoridades académicas, pidiendo mejoras estructurales en la metodología de enseñanza, una mayor participa-



ción en las decisiones de los centros educativos y la reducción del coste de las tasas de estudio. La manera más común para manifestar el disenso era ocupar escuelas y universidades. Tras los *sit-in* pacíficos, ya en el año siguiente, hubo manifestaciones cada vez más agresivas, agravadas, a veces, por episodios de desmesurada represión policial. Con el paso del tiempo, las protestas estudiantiles cedieron el paso a las agitaciones de los trabajadores. Aquellos estudiantes que se negaban a cesar en su actividad antisistema no tardaron en brindar su apoyo a las corrientes más extremas del obrerismo. A lo largo de 1969, nacieron la mayoría de las organizaciones de la izquierda extraparlamentaria (Lotta Continua, Potere Operaio, Avanguardia Operaia), cuyo objetivo era radicalizar el enfrentamiento promulgando una movilización de masas que contemplase, de manera cada vez más contundente, el uso de la fuerza. Las huelgas se convertían, a menudo, en batallas campales, de manera que llegaron a producirse heridos y hasta un primer fallecido, el 19 de noviembre de 1969².

Cuando, en 1970, aparecieron las Brigadas Rojas con la intención de aumentar aún más ese nivel de hostilidad, las luchas obreras habían alcanzado ya un nivel de violencia preocupante. Tanto es así que las primeras acciones de los *brigadistas* no diferían demasiado de lo que hacían los obreros más radicales. Más tarde, tras un periodo de “propaganda armada” –caracterizado por acciones más bien demostrativas y no excesivamente violentas– las Brigadas Rojas pasaron a los secuestros y a los asesinatos. Esta primera fase de terrorismo de extrema izquierda fue la antesala del siguiente, más dramático y violento, si cabe. En el bienio 1976-1977 se asistió a otra ola de radicalización social (sobre todo juvenil). Un número creciente de jóvenes optó por integrarse en organizaciones que, lejos de proponer cualquier programa político racional, escogió el camino hacia la lucha armada. Ese periodo coincidió con el desmembramiento de algunas de las organizaciones extraparlamentarias que habían aglutinado a jóvenes politizados. Una minoría de ellos, los más combativos, decidió dar el salto hacia la violencia organizada. *Prima Linea* es, tras las Brigadas Rojas, la organización terrorista más mortífera de aquella

² Se trataba del agente de policía Antonio Annarumma, fallecido por el impacto de un palo de metal en su cabeza.



época en el entorno radical de izquierda. Muchos de sus militantes provenían de la experiencia fallida de Lotta Continua.

En 1977, tras la desaparición de los grupos extraparlamentarios, se afirmó el Movimiento de Autonomía, cuyo discurso anticapitalista y antisistema había atraído a jóvenes desamparados, poco hábiles en la interpretación política, pero deseosos de formar parte de un proyecto revolucionario, a poder ser violento. Si en el periodo posterior a 1968-1969 el recorrido hacia la lucha armada por parte de algunos de los que se desviaron del movimiento de protesta fue relativamente largo, los que dieron ese paso en la segunda mitad de los setenta lo hicieron de manera más rápida, inconsciente, atraídos sobre todo por el discurso de radicalización comunitaria y grupal y menos por las teorías políticas.

§3. CONSIDERACIONES SOBRE EL PROCESO DE RADICALIZACIÓN DE EXTREMISTAS DE IZQUIERDA ITALIANOS

Una vez deslindados los diferentes periodos de radicalización hacia la violencia armada en Italia, procederemos con el análisis de la radicalización hacia la lucha armada de corte marxista-leninista. Para llevar a cabo esta labor, hacen falta unas premisas: ningún proceso de radicalización es inmediato; se suele llevar a cabo más bien a través de un recorrido caracterizado por una serie de pequeños pasos (Jamieson, 1989, p. 267); ninguna radicalización sigue exclusivamente una pauta, es más bien el resultado de la interacción de diferentes patrones (Bosi y Della Porta, 2012, p. 327); no es lo mismo radicalizarse incorporándose a una organización clandestina ya existente que crear una nueva; no es posible trazar un esquema fijo de cómo se radicalizaron las personas que en la Italia de los años de plomo participaron en la lucha armada, cada uno vivió una experiencia diferente, aunque sí es posible detectar pautas comunes o que se repiten. Por lo tanto, en las páginas siguientes nos centraremos en aquellos aspectos que consideramos como los más favorecedores de un camino hacia la radicalización, teniendo en cuenta la importancia de la interacción de todos (o por lo menos algunos) de estos elementos. El estudio se ha realizado analizando las historias de vida de exterroristas ita-



lianos, las memorias, las entrevistas y la bibliografía ya existente sobre este tema. La limitación metodológica de este procedimiento puede ser el sesgo que tal vez haya producido la interpretación que los terroristas han ido realizando de hechos lejanos en el tiempo (las memorias están escritas casi todas tras el final de la detención), la influencia recibida por parte de compañeros en el largo periodo pasado en prisión y algunas convicciones que puede que se hayan estereotipado debido a su constante repetición a nivel mediático.

3.1. *Entorno familiar*

En todas las reconstrucciones biográficas de los terroristas italianos se dedica amplio espacio a su familia de procedencia. Un análisis pormenorizado del entorno familiar –lejos de tener como objetivo un morboso deseo de destapar particulares formas de vida desviadas, que hayan podido influir en la conducta del individuo radicalizado– proporciona casi siempre una imagen de familias estructuradas, en las que ni se detectan problemas económicos graves, ni malas relaciones entre los miembros de la familia. Existen, por supuesto, algunas excepciones (Curcio nunca conoció a su padre, Faranda no se llevaba del todo bien con su progenitor, Seghetti provenía de una familia muy humilde...), pero no se puede vincular directamente estos casos con una mayor propensión a la radicalización violenta.

La mayoría de los militantes provenía de familias obreras o pequeñoburguesas, pero también había quien procedía de un entorno acomodado e incluso, unos pocos, de un ambiente privilegiado. Marco Donat Cattin, por ejemplo, era militante de Prima Linea e hijo de Carlo Donat Cattin, exministro e importante político de Democracia Cristiana (Tobagi, 2015, pp. 234 y ss.). Muchos tuvieron acceso a estudios superiores (Progetto Memoria, 2007), la mayoría de los que no estudiaban tenían un trabajo en el momento previo a la militancia en la lucha armada. Solo hubo un grupo terrorista predominantemente integrado por personas extralegales y/o desempleadas: los Núcleos Armados Proletarios (NAP), activos principalmente en la Italia meridional y de breve duración, entre 1973 y 1977 aproximadamente.



La política, a menudo, no es tema de debate en las reuniones familiares. Los terroristas analizados provienen de familias bastante heterogéneas desde el punto de vista ideológico. El padre, en la mayoría de los casos, suele tener una orientación política comunista (sin embargo, se han detectado también casos de votantes de la derecha), mientras que las madres son más afines al área católica. Si el hecho de que el padre pertenezca al Partido Comunista Italiano ha sido a veces foco de contrastes entre padres e hijos, con los abuelos la relación es casi siempre más cercana. Muchos de los abuelos fueron partisanos en la *Resistenza*³ y lucharon contra los nazi-fascistas, y llegaron a contar sus experiencias a sus nietos (Rossi, 2010, p. 205; Gallinari, 2006, p. 21; Fasanella y Franceschini, 2004, p. 15). A través de esas narraciones, los futuros terroristas heredaron un profundo antifascismo (o, por lo menos, es lo que ellos mismos afirman) y un resentimiento por el fallido intento revolucionario que el movimiento *resistencial* proponía y que fue sustituido por las políticas reformistas convencionales promovidas por el Partido Comunista Italiano (Franceschini, 1991, p. 7). Los nietos quieren vengar esa “revolución traicionada” (*rivoluzione tradita*) por la que sus abuelos arriesgaron sus vidas. Es decir, según una parte de los comunistas activos en la lucha partisana era inadmisibles que el Partido Comunista Italiano, una vez terminada la guerra, no buscara un camino revolucionario y aceptara convertirse en un partido reformista. A pesar de la importancia de esa especie de traición, analizando los comunicados de las Brigadas Rojas, el concepto de “revolución traicionada” apenas aparece, así como escasean las referencias a la *Resistenza* (Re, 2017, pp. 5-6).

Es curioso averiguar cómo los terroristas, al provenir de familias que lucharon durante la Segunda Guerra Mundial, y a pesar de las advertencias que solían recibir por parte de los padres sobre lo horrible que fue la guerra, acabaron fomentando el objetivo de llevar a cabo una guerra civil de larga duración (Vite sospese, 2007, p. 320).

Por último, parece que la relación entre hermanos no haya sido demasiado favorecedora de un proceso de radicalización. Obviamente hay ejemplos de

³ Así se llamaba el movimiento de oposición armada a los fascistas y a los nazis que se formó en territorio italiano a partir del mes de septiembre de 1943 y hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.



hermanos o primos que pasaron a la lucha armada (Waccher, Mantini, Peci, solo por poner unos ejemplos), pero se trata de episodios esporádicos y, por lo tanto, poco relevantes desde un punto de vista estadístico. Una vez abandonado todo vínculo con su vida anterior, la organización acaba convirtiéndose en la nueva familia de quien se radicaliza.

3.2. Precondiciones y acontecimientos precipitantes

La mayoría de las personas que acabaron militando en una organización clandestina, en el momento de recordar las motivaciones que les llevaron a dar el salto hacia el abismo, suelen citar algún que otro acontecimiento que aceleró su proceso de radicalización. El atentado neofascista del 12 de diciembre en el interior del Banco de Agricultura de Milán es, sin duda, el suceso más nombrado (Curcio y Scialoja, 1994, pp. 57-58; Fasanella y Franceschini, 2004, pp. 55; Moretti, 2002, p. 19; Mazzocchi, 1994, p. 45; Morucci, 2004, p. 42; Braghetti y Mambro, 1995, p. 14).

Tras ese suceso, las investigaciones se centraron enseguida en los ambientes anarquistas. La policía detuvo a unos cuantos militantes. Uno de ellos, Giuseppe Pinelli, murió durante el interrogatorio. Solo meses más tarde se abandonó la pista anarquista y se pasó a indagar entre la ultraderecha, verdadera culpable de esa masacre. A esos errores de la investigación hay que añadir el hecho de que se demostró que una parte de los servicios secretos italianos había intentado ocultar la identidad de los asesinos. Los grupos de la extrema izquierda comenzaron a poner en tela de juicio la actividad de las Fuerzas de Seguridad del Estado ya que, en su opinión, no solo protegían a los fascistas, sino que también se excedían en el uso de la violencia durante las manifestaciones. Además, el mero hecho de detener a los manifestantes más violentos y condenarlos a prisión era interpretado como un ataque directo a todo el movimiento. Desde aquellos sectores se comenzó a considerar el Estado como enemigo (Sommier, 2010, p. 150), como opresor, y creció entre los militantes de la extrema izquierda la convicción de que el país estaba al borde de sufrir un golpe de Estado. Sin embargo, y a pesar de algunas quejas legítimas, “aquellos jóvenes no eran del todo inocentes” (Manconi, 2008,



pp. 27-44). Entre ellos la violencia era más que teorizada. El atentado de la plaza Fontana se convirtió en coartada para justificar esas actitudes violentas (Vidotto, 2010, p. 49) y aceleró el proceso de victimización que aquellos sectores llevaban tiempo fomentando. Dicho de un modo más general, los factores desencadenantes citados por los terroristas en sus biografías suelen convertirse en elementos explicativos (y justificativos) de la reacción violenta que ellos mismos perpetraron. Se responsabiliza, por lo tanto, a fuerzas exógenas de ser las verdaderas culpables de la deriva violenta, actitud que tiene como objetivo la de reducir las responsabilidades individuales de cada uno (Horgan, 2009, p. 135).

A los hechos precipitantes ya señalizados hace falta sumar las precondiciones, es decir, aquellos aspectos sociopolíticos en los que se hallaba el país en aquel momento. Si para los terroristas de la primera generación (los que fundaron los GAP y las Brigadas Rojas en 1970) el entorno en el que se formaron como individuos políticos fue el bienio contestatario 1968-1969, en el caso de los terroristas posteriores la radicalización se llevó a cabo estando imbuidos por los dictámenes del movimiento de la Autonomía y, como veremos en seguida, por el colapso de las organizaciones extraparlamentarias.

3.3. Colapso de las organizaciones de la izquierda extraparlamentaria

Las organizaciones que nacieron, en su mayoría, entre las protestas de 1968 y las sublevaciones obreras de 1969 vivieron su momento de máximo esplendor hasta, aproximadamente, 1973. A partir de esa fecha, y hasta 1976, aquellas organizaciones fueron quebrando.

Yendo en contra del espíritu con el que se habían fundado –un tipo de organización desvinculada de cualquier forma de rigidez política convencional– se pasó a un modelo más tradicional y menos espontáneo. El fracaso de este nuevo planteamiento y los contrastes internos produjeron una implosión de aquellos grupos, que habían reunido un buen número de jóvenes ilusionados con participar en algo que consideraban revolucionario (Fenzi, 1998, p. 27).

La vida comunitaria y la política ocuparon la casi totalidad de la vida de aquellos individuos que, de manera a menudo confusa y visceral, percibían su



activismo como parte de una interacción irrefrenable. Ese espíritu aglutinante era tan intenso que, a menudo, llegaba a mermar todo tipo de frontera entre opciones personales y decisiones colectivas (Manconi, 2008, p. 38). A pesar de las infinitas publicaciones que cada organización editaba (folletos, revistas, panfletos, octavillas) no tenemos datos reales sobre la efectiva fruición que aquellos jóvenes hacían de las lecturas más teóricas y políticas. Por una parte, podemos considerar lo que nos comentan los exterroristas, según los cuales el activismo político se cultivó también a través de los textos (Mazzocchi, 1994, p. 45; Peci, 1983, p. 38; Curcio, 1994; Morucci, 1999, p. 69), aunque hay quien reconoce que la formación cultural y las lecturas “revolucionarias” eran más bien escasas (Della Porta, 1990, p. 152). Por otra parte, es probable que ocurriera lo que hoy Olivier Roy (2016, p. 90) aplica a la radicalización yihadista. Según el estudioso francés, al hablar de la posible influencia del libro de Al Suri, *Llamada a la resistencia islámica global*, entre los futuros terroristas, se ha demostrado que ningún joven occidental radicalizado ha leído ese texto. Sin embargo, sigue Roy, es más probable que quien se radicaliza cite las interpretaciones que otros individuos hicieron de ese texto. Lo mismo puede haber pasado entre una parte de los terroristas italianos: eran pocos los que tenían una real conciencia literaria de los textos fundamentales de la doctrina marxista-leninista; la mayoría citaba la interpretación hecha por los pocos que los habían leído (o afirmaban haberlo hecho) y que proponían una versión simplificada y sesgada de aquellas teorías. Una falsa e incorrecta interpretación de las fuentes es un factor de gran importancia para entender los procesos de radicalización. El mensaje acaba siendo el que el receptor quiere oír.

Las organizaciones extraparlamentarias tenían en su seno un servicio de orden estructurado de manera casi paramilitar, que actuaba durante las manifestaciones aumentando el nivel de enfrentamiento violento contra policías y/o neofascistas. El antifascismo justificaba, desde la perspectiva de esos jóvenes, el empleo de la violencia (Novelli y Tranfaglia, 2007, p. 195) (Peci, 1983, p. 36). La frase que decía “matar a un fascista no es un crimen” era empleada a menudo. El mensaje, seguramente desproporcionado, daba la idea de lo que se interpretaba como una especie de limpieza social, algo que, en algunos sectores más politizados, podía llegar a ser visto como tolerable. Los fascistas proporcionaban la imagen del enemigo absoluto en la cual cabían el reaccionario, el mundo empresarial, el capitalismo en general. Todo lo que no



gustaba era tildado de fascista (Matard Bonucci, 2010, p. 19) y, por lo tanto, podía ser atacado de cualquier manera, hasta la más agresiva (Della Porta, 2010, pp. 186 y ss.).

Si la violencia es aceptada –y a menudo deseada– la política se convierte cada vez más en un pretexto para que el enfrentamiento aumente en intensidad. Especialmente entre los terroristas de segunda y tercera generación asistimos a una politización de la radicalización y no, como a menudo se ha comentado, a una radicalización de la política. Jóvenes, ya de por sí encaminados hacia una radicalización imparable, utilizan la política como coartada para justificar el empleo de la violencia. En el interior de las organizaciones de la izquierda extraparlamentaria y del Movimiento de la Autonomía se asistió a una “socialización de la violencia”, que contemplaba la formación de unas estrechas redes de solidaridad entre militantes, que se mantuvieron incluso una vez desaparecidas esas organizaciones (Sommier, 2010, p. 150; Tessandori, 2004, p. 43).

Sidney Tarrow (1990, p. 49), interpretando el ciclo de protestas y su posible vinculación con el incremento de la violencia, afirma que, durante el periodo de revueltas universitarias que se llevó a cabo entre 1967 y 1968, se asistió a “un proceso competitivo de innovaciones tácticas dentro de los movimientos sociales”. Esa fase llevó a los grupos a pugnar entre ellos y aumentó su radicalización. El terrorismo fue el punto culminante de ese recorrido. Por lo tanto, la lucha armada no fue el producto de la movilización de masas, sino de su declive (Pasquino y Della Porta, 1983, p. 30). Siguiendo las palabras de Isabel Sommier (2009, p. 57),

la radicalización interesaría primero a los que no se involucraron desde el principio en el movimiento colectivo de protesta sino que lo abrazaron en un segundo momento, lo que explicaría el incremento de la violencia en la segunda o tercera generación de militantes.

cuando, además, ya no existían las organizaciones extraparlamentarias para que incluso los militantes más radicales tuvieran un espacio de confrontación no clandestino. Por lo tanto, volviendo a Tarrow (1990, p. 68), la violencia organizada no fue el resultado del periodo más agudo de la protesta de masas, sino que surgió al final de esa movilización.



La rivalidad entre los grupos, claro está, no podía medirse en un plano político convencional, para ello ya existían los partidos tradicionales. Esa pugna se libraba, por lo tanto, en el endurecimiento de la radicalización violenta. El atractivo de cada grupo aumentaba según crecía su nivel de enfrentamiento. Eso conllevó a que la mayoría de los militantes de esas organizaciones abandonara la militancia política o pasara al activismo más tradicional, mientras que otros pocos optaron por la lucha armada.

Una vez que las organizaciones extraparlamentarias dieron el salto a la política convencional, de manera que llegaron incluso a presentarse a las elecciones y cosecharon unos resultados electorales muy decepcionantes, se desplomaron bajo el peso de ese fracaso. La sensación de exclusión política que sufrió esa minoría de jóvenes pudo provocar un sentimiento de desilusión hacia el camino reformista y pacífico y empujó a unos pocos individuos a la violencia, interpretada como único medio posible para lograr un cambio (Weinberg, 2013, p. 100). Algunas personas, viendo frustradas sus expectativas de resolver como grupo social un conflicto político por las vías pacíficas, se implicaron en actividades violentas que interpretaron como justas e inevitables (Tilly, 1978, pp. 3-9; Tittmar, 1992, pp. 64-71).

3.4. Relaciones interpersonales y vínculos de amistad

Uno de los elementos más destacables por su importancia en el momento de explicar el camino hacia la radicalización es la vinculación entre personas ya radicalizadas o que están pensando dar el salto hacia la radicalización más violenta. Las relaciones de amistad, por lo menos en el caso del terrorismo italiano, se perciben como más fuertes que los vínculos familiares: se basan en principios de fidelidad y confianza, así que, cuando un amigo se radicaliza, es probable que otro siga sus pasos (Novaro, 1990; Novelli y Tranfaglia, 2007; Bosi y Della Porta, 2012; Segio, 2006, p. 10). No es raro encontrarnos con grupos de terroristas que provienen de la misma zona geográfica o del mismo barrio (Novelli y Tranfaglia, 2007, pp. 110 y 138; Clementi, 2007, p. 44; Segio, 2006, p. 57).



La amistad, como factor facilitador de un proceso de radicalización, es más probable en grupos pequeños, ya que en su seno se crean unos vínculos más profundos que en los grupos amplios. Además, el abandono suele ser más complicado. Abandonar a los amigos tiene consecuencias importantes: la pérdida del grupo (con la consecuente soledad que eso conlleva, especialmente entre las personas más jóvenes) y la sensación de haber defraudado a los tuyos (lo que amplifica el sentido de culpabilidad). La mayoría de los terroristas solía tener, de media, en el momento de la afiliación a la organización, unos 22 años; los militantes de 18 años eran más que los de 30 (Della Porta, 1990, p. 140). Ser joven facilitaba un apego aún mayor al grupo de amigos.

Donatella Della Porta (1990, p. 147) destaca que dos terceras partes de los terroristas que analizó en un trabajo publicado en los años noventa tenían, por lo menos, a un amigo que ya militaba en una organización clandestina. De este grupo de personas, hasta el 74 % tenía a más de un amigo en la organización y el 42 % hasta siete. Los vínculos podían ser también de tipo laboral o de vecindad. Haber frecuentado el mismo instituto, haber jugado en el mismo equipo de fútbol, haber tocado en el mismo grupo musical o haber tenido las mismas aficiones también eran elementos que facilitaban el contacto y creaban vínculos (Novaro, 1990, p. 133). Al no existir internet, el reclutamiento se hacía a partir de aproximaciones directas. Si alguien ya militaba en una organización clandestina podía facilitar el ingreso a un amigo de confianza.

Ir por libre resultaba más complicado. Los grupos clandestinos no iban buscando a militantes, su nivel de compartimentación se lo impedía o por lo menos lo dificultaba. La fiabilidad de las personas que intentaban entrar en una de esas organizaciones no se cotejaba mediante una prueba de acceso, sino directamente a través de la práctica cotidiana en las luchas, por medio de la relación directa entre militantes y gracias a una confianza que iba madurando con el tiempo. Entrar en una organización clandestina, tras haber militado en alguna organización extraparlamentaria, haber sido miembro del servicio de orden o haberse distinguido en las manifestaciones obreras, se convertía en una evolución casi natural, ya que era posible (por no decir seguro) que durante ese recorrido ya se había llevado a cabo el primer contacto entre militantes radicales y algunos terroristas (Clementi, 2007, p. 26).



3.5. *Relación de pareja*

La mayoría de las publicaciones presentan a las mujeres terroristas como víctimas de un proceso de radicalización y pocas veces como protagonistas de la lucha armada (Bloom, 2011, p. 33), como si el recorrido hacia la violencia hubiese sido solo fruto de manipulación.

Sin embargo, la presencia femenina en las organizaciones clandestinas italianas de extrema izquierda fue bastante elevada, comparada con otros tipos de organizaciones armadas de otros países o de diferente orientación política/ideológica. Se calcula, de hecho, que las mujeres en el caso italiano fueron, por término medio, un 25 % del total de los militantes de las organizaciones armadas de extrema izquierda (Progetto Memoria, 2007). Se trata de un porcentaje muy elevado, ya que en otros grupos no alcanzaban el 10 %. Provenían en su mayoría de la burguesía y, en menor medida, del proletariado (Della Porta, 1990, p. 145). Habían participado de manera activa en el movimiento de protesta del bienio 1968-1969, primero, y en el de la Autonomía, después. Las mujeres que pasaron a la lucha armada, en número inferior con respecto a los hombres, lograron, en algunos casos, llegar a los puestos de mando.

Las motivaciones de las mujeres para entrar en la lucha armada a veces tenían que ver con un recorrido que compartían con sus parejas (Braghetti, 2005, p. 15; Mazzocchi, 1994, p. 61; Casamassima, 2005, p. 64). Esos vínculos afectivos con los demás miembros de las organizaciones clandestinas, según un estudio de Della Porta (1990, p. 148), se contabilizó en el 53 % de los casos analizados. Sin embargo, la compartimentación hacía que, por lo menos al principio, la pareja se separara, yendo a vivir a diferentes pisos o incluso a distintas ciudades (Novelli y Tranfaglia, 2007, p. 174). Cuando la pareja se rompía, lo habitual es que se volviera a formar otra relación amorosa en el interior de la organización terrorista.

Hubo casos de mujeres que decidieron pasar a la clandestinidad a pesar de ser madres. Esa decisión comportaba el abandono de cualquier vínculo que tenían. Las madres, por lo tanto, no podían volver a ver a sus hijos (Mazzocchi, 1994, p. 54).



3.6. Elección personal

Dar el paso a la clandestinidad, dejarlo todo, optar por el uso del asesinato como forma de hacer política es, al fin y al cabo, y a pesar de todo, un acto de radicalización individual. Todo lo descrito anteriormente no tendría ninguna aplicación práctica si, por último, el individuo no decidiese, de manera voluntaria e individual, dar ese salto hacia la lucha armada. Se puede pasar a la acción violenta porque se cree firmemente en su utilidad, porque se está “drogado” ideológicamente (Braghetti y Mambro, 1995, p. 7), porque se sufre un adoctrinamiento por parte de alguien en el que se cree ciegamente o porque un recorrido hacia la radicalización concluye en la lucha armada; sin embargo, la decisión última recae sobre quien decide optar por el terrorismo (Jamieson, 1989, p. 267).

Muchas veces quien se radicaliza llega a interiorizar un proceso de autoconvicción que justifica su decisión. Quien decide atacar a otra persona lo hace convencido de que, a pesar de lo aberrante que pueda parecer, es la única vía que le queda; que, en el fondo, está haciendo lo correcto y su odio está legitimado (Mazzocchi, 1994, p. 54). La victimización hace que los terroristas consideren que se están sacrificando en pro de un bien común y superior: para que los demás gocen de un mundo mejor y más justo.

§4. CONCLUSIONES

Tras el análisis que hemos realizado de los procesos de radicalización hacia la violencia de extrema izquierda en la Italia de la década de los setenta, podemos concluir afirmando que ni existe un único recorrido hacia la lucha armada, ni tampoco podemos delinear el perfil de un terrorista. Sería más oportuno hablar de perfiles y de diferentes conductas violentas, así como de la combinación de diferentes fenómenos favorecedores de la radicalización.

Hemos visto cómo sería oportuno analizar los niveles macro, meso y micro para poder trazar un mapa lo más completo y explicativo de cómo una persona llegó a militar en una organización clandestina. Sin ese trabajo solo alcanzaremos una imagen sesgada del proceso de radicalización.



Más concretamente, hemos detectado que una situación económica desfavorable no es causa directa de un proceso de radicalización hacia la lucha armada (lo cual no significa que eso no influya en actitudes violentas en general, pero que no tienen por qué estar vinculadas con la política). Tampoco lo suele ser el entorno familiar, muchas veces presentado como poco politizado por parte de los terroristas que hemos analizado. La relación padre-hijo y entre hermanos es menos importante que la relación con los abuelos, especialmente si tomaron parte activa en el movimiento de *Resistenza* al nazi-fascismo o si eran antifascistas.

La de los años setenta –a pesar de haber sido una generación muy politizada– no siempre presenta identidades políticas fuertes. La política, aprendida de manera un tanto confusa –más asamblearia que teóricamente–, se convierte, sobre todo, en otro medio para justificar el uso de la violencia. Asimismo, el antifascismo esconde, a menudo, el simple deseo de aumentar el nivel de enfrentamiento.

Quedan descartadas, por carencia de contraste empírico, las teorías que vinculan trastornos mentales con una mayor posibilidad de convertirse en terrorista. A nivel individual cobra interés la actitud de cada individuo y su voluntad en el momento de incorporarse a una organización clandestina. A eso hay que añadir el proceso de socialización de la violencia, que se solía llevar a cabo a nivel grupal en las organizaciones extraparlamentarias o en el Movimiento de la Autonomía. La amistad se ha detectado como uno de los factores determinantes en el recorrido hacia la radicalización. Si no era del todo fácil radicalizarse en solitario, en grupo lo era sin duda más. Las relaciones sentimentales de pareja, por su parte, solían crear ese vínculo que hacía más fácil la radicalización femenina.

La mayor parte de las personas que acabaron militando en una organización terrorista ya habían tenido experiencias violentas o habían militado en los servicios de orden de los grupos extraparlamentarios. Se habían distinguido en las manifestaciones y en los enfrentamientos contra la policía. El uso de la fuerza, a lo largo de la década de los setenta, se había convertido en un medio legítimo para hacer política al que se habían acostumbrado muchos jóvenes.



A todo lo anteriormente expuesto, hace falta añadir que, si queremos realmente entender las motivaciones que llevaron a aquellos jóvenes a radicalizarse, no podemos dejar de tener en cuenta el periodo político-social por el que estaba pasando Italia en aquel momento. La inestabilidad política, la crisis económica, las protestas estudiantiles y obreras, el aumento de episodios de microviolencia, la proliferación de las organizaciones extraparlamentarias y, sobre todo, su desmembramiento, crearon precondiciones que son fundamentales para proporcionarnos un cuadro completo de la situación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso Zarza, M. (2017). El impacto del terrorismo en Europa occidental. *Cuadernos del Centro Memorial de las víctimas del terrorismo*, 4.
- Atran, S. (2008). Who Becomes a Terrorist Today? *Perspectives on Terrorism*, II(5), 3-10.
- Billing, O. (1984). The case of German Terrorist, *Terrorism: An International Journal*, 7, 1-10.
- Bloom, M. (2011). *Bombshell*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Bordes, M. (2000). *El terrorismo. Lectura analítica*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Bosi, L. (2016). *Vite di lotta armata*. Roma: Carocci Editore.
- Bosi, L., y Della Porta, D. (2012). Percorsi di micromobilitazione verso la lotta armata. En S. Neri Seneri, *Verso la lotta armata*. Bologna: Il Mulino.
- Braghetti, A. L., y Tavella, P. (2005). *Il prigioniero*. Milano: Feltrinelli.
- Braghetti, A. L., y Mambro, F. (1995). *Nel crechio della prigione*. Milano: Sperling & Kupfer Editori.
- Casamassima, P. (2005). *Donne di piombo*. Milano: Bevivino Editore.
- Clementi, M. (2007). *Storia delle Brigate Rosse*. Roma: Odradek.
- Cooper, H. (1978). Psychopath as Terrorist, *Legal Medical Quarterly*.



- Corner, E. (2016). Mental Health Disorders and the Terrorist: A Research Note Probing Selection Effects and Disorder Prevalence. *Studies in Conflict & Terrorism*, 39(6), 560-568.
- Crenshaw, M. (2000). The Psychology of Terrorism: An Agenda for the 21st Century, *Political Psychology*, 21(2), 405-420.
- Crenshaw, M. (1981). The Causes of Terrorism, *Comparative Politics*, 13(4), 379-399.
- Curcio, R., y Scialoja, M. (1994). *A cara descubierta*. Tafalla: Txalaparta.
- De la Corte, L. et al. (2004). *Psicología y derechos humanos*. Barcelona: Icaria.
- De la Corte, L. (2006). *La lógica del terrorismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Della Porta, D. (1990). *Il terrorismo di sinistra*. Bologna: Il Mulino.
- Della Porta, D., y LaFree, G. (2012). Guest Editorial: "Processes of Radicalization and De-Radicalization", *International Journal in Conflict and Violence*, 6(1), 4-10.
- Della Porta, D. (2010). Movimenti sociali, terrorismo e istituzioni. En M. Lazar, *Il libro degli anni di piombo*. Milano: Rizzoli.
- European Commission's Expert Group on Violent Radicalisation (2008). *Radicalisation Processes Leading to Acts of Terrorism*.
- Fasanella, G., y Franceschini, A. (2004). *Che cosa sono le BR*. Milano: BUR.
- Fenzi, E. (1998). *Armi e bagagli*. Genova: Costa & Nolan.
- Fernández Soldevilla, G. (2016). *La voluntad del gudari*. Barcelona: Tecnos.
- Franceschini A. (1991). *Mara Renato e io*. Milano: Mondadori.
- Gallinari, P. (2006). *Un contadino nella metropoli*. Milano: Bompiani.
- Horgan, J. (2009). *Psicología del terrorismo*. Barcelona: Gedisa.
- Jamieson, A. (1989). *The Heart Attacked*. New York: Rizzoli International Publications.
- Livingston, N. (1982). *The War Against Terrorism*. Lexington: Lexington Books.
- Matard-Bonucci, M. (2010). Usi dell'antifascismo e della Resistenza nelle Brigate Rosse. En M. Lazar, *Il libro degli anni di piombo*, Milano: Rizzoli.



- Mazzocchi, S. (1995). *Nell'anno della Tigre*. Milano: Baldini & Castoldi.
- Moretti, M. (2002). *Brigate Rosse. Una storia italiana*. Milano: Baldini & Castoldi.
- Morucci, V. (2004). *La peggio gioventù*. Milano: Rizzoli.
- Morucci, V. (1999). *Ritratto di un terrorista da giovane*. Casale Monferrato: Piemme.
- Novaro, C. (1990). Reti di solidarietà e lotta armata. En R. Catanzaro, *Ideologie Movimenti Terrorismi*. Bologna: Il Mulino.
- Novelli, D., y Tranfaglia, N. (2007). *Vite sospese*. Milano: Baldini Castoldi Dalai.
- Núñez Villaverde, J. (2015). *Boko Haram. El delirio del califato en África occidental*. Madrid: Catarata.
- Pasquino, G., y Della Porta, D. (1983). *Terrorismo e violenza politica*. Bologna: Il Mulino.
- Peci, P. (1983). *Io l'infame*. Milano: Mondadori.
- Post, J. M. (2005). Psychology. *Addressing the Causes of Terrorism*, vol. I (7-12), Madrid: Club de Madrid.
- Progetto Memoria (2007). *La mappa perduta*. Dogliani: Sensibili alle foglie.
- Re, M. (2017). The Red Brigades' Communiqués: An Analysis of the Terrorist Group's Propaganda. *Terrorism and Political Violence*, DOI: 10.1080/09546553.2017.1364639
- Reinares, F. (2004). Perfil del terrorista. En J. Sanmartín, *El laberinto de la violencia*. Barcelona: Ariel.
- Rossi, F. (2010). Memorie della violenza, scritture e storia. Elementi per un'analisi delle controversie ri-letture degli anni Settanta. En A. Ventrone, *I dannati della rivoluzione*. Macerata: EUM.
- Roy, O. (2016). *Le Djihad et la mort*. Toulon: Editions du Soleil.
- Schmid, A., y Jongman, A. (1988). *Political Terrorism*. New Brunswick: Transaction.



- Schmid, A. (2013). *Radicalisation, De-Radicalisation and Counter-Radicalisation: A Conceptual Discussion and Literature Review*. The Hague: ICCT.
- Segio, S. (2006). *Una vita in Prima Linea*. Milano: Rizzoli.
- Sommier, I. (2009). *La violenza rivoluzionaria*. Roma: Derive Approdi.
- Sommier, I. (2010). La storia infinita: implicazioni e limiti delle interpretazioni degli anni di piombo. En M. Lazar et al., *Il libro degli anni di piombo*. Milano: Rizzoli.
- Tarrow, S. (1990). Violenza e istituzionalizzazione dopo il ciclo di protesta. En R. Catanzaro, *Ideologie Movimenti Terrorismi*. Bologna: Il Mulino.
- Tessandori, V. (2004). *Imputazione: banda armata*. Milano: Baldini Castoldi Dalai.
- Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Reading: Addison-Wesley.
- Tittmar, H. (1992). Urban Terrorism: A Psychological Perspective. *Terrorism and Political Violence*, 4, 3.
- Tobagi, B. (2015). *Come mi batte forte il tuo cuore*. Torino: Einaudi.
- Tylor, M. (2010). Is Terrorism a Group Phenomenon? *Aggression and Violent Behavior*, 15, 121-129.
- Vidotto, V. (2010). *Violenza politica e rituali della violenza*. En A. Ventrone, *I dannati della rivoluzione*. Macerata: EUM.
- Weinberg, L. (2013). *Democracy and Terrorism. Friend or Foe?* New York: Routledge.
- Zavoli, S. (1992). *La notte della Repubblica*. Milano: Mondadori.



